



LOS ÚLTIMOS DÍAS
DE RICHMOND HALL

Francisco Singul

LOS ÚLTIMOS DÍAS
DE RICHMOND HALL



Primera edición: agosto de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Singul

ISBN: 978-84-18366-50-5

ISBN digital: 978-84-18366-51-2

Depósito legal: M-19409-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

PRIMERA PARTE

1

Sucedió a principios de junio de 1963, cuando los Rolling Stones acababan de presentar su primer sencillo, una versión pegadiza yailable de una canción de Chuck Berry titulada *Come on*. Casi nadie los conocía en aquella época, excepto algunos iniciados como servidora, siempre atenta a las novedades de la música, la moda y la televisión. No quisiera perderme en el pasado, en una búsqueda de lo irremediabilmente perdido, y así intentar disimular las aristas del presente; pero si puedo restaurar la memoria de aquellas experiencias que viví de muy joven, primero con las compañeras de curso y después en casa de tía Catherine —cuando no era más que una revoltosa adolescente recién llegada a Richmond Hall— quizá pueda explicarme mejor a mí misma, para poder entender mis decisiones y tratar de perdonarme. Y a ello me propongo con gran serenidad de espíritu y una taza de té en las manos. Asomada al jardín desde las ventanas de mi despacho, en la residencia de mi antecesora, mi ilustre y concupiscente tía Catherine —desde hace años es mi casa, mi refugio—, admirada ante la belleza de ese momento del año tan particular, en el que la atmósfera transparente del final del invierno preludia en este rincón de Yorkshire el estallido de una primavera de tonos suaves y aromas acariciantes. Releyendo aquel diario que escribía de niña para volcar impresiones y deseos puedo evocar aquel junio de brillo auroral, las semanas previas y el verano que siguió en esta misma casa, pleno de hallazgos y tentadoras vivencias, trufados con momentos de descontento y profunda aprensión o abierto temor.

Ante la inminencia del fin de curso, atenta a los cambios de mi naturaleza y a los malos resultados que las profesoras me profetizaban, mi madre se puso muy seria y me advirtió que si suspendía asignaturas ya me podía olvidar de las vacaciones en Brighton. En realidad, la casa de verano estaba en Newhaven, pero ella prefería referirse al conocido balneario sureño porque sus amistades poseían buenas mansiones en los alrededores de la ciudad, y Newhaven le parecía un lugar sin diversión ni aspiraciones. Asistí durante años a estúpidas discusiones de mis padres sobre la conveniencia de cambiar de residencia veraniega.

—Tienes al chófer que puede llevarte a Brighton cuando desees, querida —comentaba mi padre sin levantar la vista de su periódico o revista ilustrada, que podía ser el *Sunday Times*, un manoseado ejemplar del *Reader's Digest* o un vulgar tabloide.

—No es lo mismo, y tú lo sabes; nuestras amistades veranean en un sitio decente, no en ese poblacho de palurdos donde decidiste comprar la casa sin consultarme —protestaba mi sufrida progenitora mientras se atusaba el cabello o expulsaba con un discreto papirotazo una miga de pan de su regazo.

Sus principales ocupaciones eran ordenar a la servidumbre el menú de la semana, cambiar las flores que adornaban el salón principal —donde recibía a sus amigas vestida con algo atrevido de Carnaby—, acompañar a mi hermana mayor en sus compras y calentarle la cabeza a mi padre con variados temas domésticos que a mi progenitor le importaban una higa. Arrugando su terno de Savile Row, recostado en su baqueteada butaca de cuadros, al señor Lindon le bastaba con aguantar estoicamente el fiasco que había supuesto para su empresa la hostil actitud de los europeos, en especial de los franceses, que habían impedido el ingreso del Reino Unido en la Comunidad Económica Europea. Concentrado en repasar sus balances y maldecir discretamente al general Charles de Gaulle, mi padre se olvidaba de que yo existía y me dejaba a mi suerte, en manos de la directora del colegio y al albur de mis fantasiosas ensoñaciones. Mi madre, por su parte, se limitaba a

reparar diariamente el aspecto de mi uniforme, recordándome mis obligaciones escolares y la importancia de una buena educación. El resto era tarea de la señora Dockings y de sus esbirros. A mis diecisiete años recién cumplidos, el 11 de junio de 1963, todavía tenía que simular que era una escolar sin inclinaciones naturales ni ideas propias. Así que, aunque ya no llevaba trenzas ni mascaba chicle, mi madre solía corregir mi peinado, delineando una raya con precisión milimétrica y recogéndolo en dos horribles coletas que me hacían parecer más infantil.

Sin salir de los cómodos límites de Bloomsbury, mi vida transcurría con la rutina habitual: de casa al colegio, del colegio a casa, paseos en el patio de aquel espantoso edificio de ladrillo, bajo vigilancia estrecha de una de las profesoras, cigarrillos a escondidas, cotilleos con las amigas, los programas musicales de la BBC, flirteos con los vecinos de mi amiga Charlotte, un beso de vez en cuando con Daniel Stafford, el hijo mayor del jardinero que atendía el pequeño *cottage garden* de mis padres, sus rosas, sus hierbas aromáticas, y de vez en cuando algún sueño escabroso bajo las sábanas. Al día siguiente vuelta a empezar, y además tenía que seguir aguantando las zafias bromas de la gorda Penny, la más estúpida y grosera de mis compañeras, y la rabia apenas contenida de nuestras profesoras. Menos mal que por lo menos estaba Charlotte, mi confidente, mi amiga del alma, mi *alter ego*. Juntas solíamos escaparnos de vez en cuando a Reading, a visitar a unos gamberros que nos gustaban, émulos de Bruce Reynolds, Ronnie Biggs y los demás asaltantes del tren de Glasgow—qué más quisieran ellos—. Tras un viaje en autobús o ferrocarril, que en aquel momento suponía una aventura de alto riesgo, recibíamos el homenaje de aquellos patanes divertidos; nos recogían en un viejo automóvil que parecía de antes de la guerra y nos llevaban a unas cervecerías mugrientas en las que pasábamos por lo menos un par de horas, antes de ir a darnos el lote a un parque público, denso de follaje, cagarrutas de perro y colillas, donde nos apartábamos como podíamos de las

miradas curiosas. Hicimos esas escapadas durante bastantes fines de semana durante el inefable curso 1962-63, justo en mis dieciséis años. Incluso llegamos a faltar a clase en tres o cuatro ocasiones, hasta que un malhadado día de fines de enero, cuando comentaba con mi compinche el programa de los Beatles que había escuchado aquella noche en la BBC, nos pillaron a las dos *infraganti*, y desde entonces no nos quedaron ganas de repetir la hazaña. Todo partió de la señora Dockings, la directora del colegio, al enterarse de que Charlotte y servidora nos habíamos saltado una prueba de aritmética y no teníamos justificante para faltar a clase. Su enfado superó al que había exhibido pocos días antes, cuando el general Charles de Gaulle, presidente de la República Francesa, impidió el ingreso de nuestro país en la Comunidad Económica Europea, con el ingenioso truco de hacerles creer al resto del continente que el Reino Unido carecía de la voluntad política necesaria para formar parte del eminente club. Por alguna extraña razón, quizá relacionada con el recuerdo de un novio holandés del que, se decía, había disfrutado en su lejana juventud, cuando había servido como auxiliar de enfermera en la guerra, la señora Dockings presumía de un exótico espíritu europeísta. Más furiosa con nosotras que con De Gaulle, la directora llamó a nuestras madres y ellas confirmaron que, en efecto, nada hacía suponer que debíamos estar fuera del colegio en horas lectivas. Al día siguiente nos convocó en su despacho, haciéndonos sentir más culpables de lo que se sentía la crema de la política y la diplomacia de la Gran Bretaña, humillada ante la emergente supremacía francesa. Acudimos al cubil tenebroso de aquella dama alta y seca, que nos recibió tiesa como un sargento mayor, aunque en lugar de uniforme de campaña lucía la acostumbrada sobriedad de las mujeres de clase media baja de la época: un traje de chaqueta de larga falda, con la blusa totalmente abotonada, aburridos zapatos de medio tacón y manos y muñecas desprovistas de anillos o pulseras. Sobre su ceño fruncido se veía un moño tan alto y siniestro como la Torre de Londres, y no era difícil imaginar que sus negras ideas revo-

loteaban en torno a sus almenas como los célebres cuervos protectores de la Corona. Cuando entramos en su guarida académica sus ojillos malignos brillaron al vernos desvalidas y culpables, y un rictus de desprecio amaneció en la sequedad de sus repintados labios. A las puertas del infierno mi amiga Charlotte parecía más animada que yo. De hecho, me daba ánimos con pequeños codazos en las costillas. Pero poco se podía hacer, porque además de la incertidumbre que atenazaba mi espíritu a mí me apretaban los zapatos en aquella mañana de Juicio, y las medias me atenazaban las piernas, incluso la ropa interior me molestaba con la firmeza de sus elásticos; por supuesto eran los nervios, que provocaban extrañas reacciones en mis entrañas y en la piel. Al entrar en la caverna del dragón, cuyos ojillos brillaban como ascuas, mis rodillas comenzaron a temblar ligeramente, sentí un picor en el estómago, como si una mariposa se pasease por tan peculiar jardín, y una gruesa gota de sudor frío recorrió mi espinazo. ¿Qué nos depararía aquella llamada de la directora? En el colegio corrían rumores tenebrosos acerca de los castigos que infligía la bruja a quienes eran llamadas a capítulo, pero nosotras nunca habíamos entrado en su cubil de paredes cubiertas de papel pintado y amueblado con la austeridad de un convento católico: una recia mesa de despacho, una estantería repleta de carpetas, un armario de dos puertas y tres sillas de respaldo alto, una para su uso personal y dos para los confidentes o las visitas. Así que Charlotte y yo nos mimetizamos con el ambiente y adoptamos una rigidez castrense, con los talones unidos, firmes como soldados ante el sargento, a punto de pasar revista a sus reclutas.

—Así que ayer hicieron novillos, ¿no es así, señoritas?

—Sí, señora, lo sentimos —respondió Charlotte con valentía.

—¿Usted también lo siente, señorita Lindon?

—Por supuesto, señora Dockings —seguramente lo dije con voz poco firme.

—Se han perdido un examen de aritmética, ¿no habían estudiado y por eso faltaron a clase?

—Sí, señora, eso es —pensé que Charlotte se había vuelto loca, o simplemente deseaba acabar cuanto antes con aquello.

—Muy bien...—la bruja paladeó las siguientes palabras—: he hablado con sus madres y están de acuerdo conmigo en que necesitan un correctivo—

—Pedimos perdón, señora Dockings, no volverá a suceder, se lo prometemos —lancé esta súplica atropelladamente, con un hilo de voz, tal vez no me escuchó. O se había percatado muy bien de mis excusas y promesas, y por eso sonreía ligeramente al pronunciar la sentencia, deleitándose con la lenta vocalización de sus palabras.

Contaba con la autoridad de ser la directora del colegio y con el permiso de nuestras madres para castigarnos. Así que nos quedamos hasta abril sin recreo, encerradas en un aula bajo su atenta mirada de lechuza, resolviendo durante media hora diaria endiablados problemas aritméticos que la muy sádica elegía con mimo, mientras ella paladeaba una taza de té y mordisqueaba un emparedado o unas galletas mohosas. Aquella terrible experiencia, no obstante, la falta de libertad matinal y la carencia de cigarrillos, no fue tan desoladora como imaginábamos, pues con aquellas clases extra Charlotte y yo aprendimos, debo reconocer que forzadas y descontentas, los arduos entresijos de cuantiosas operaciones numéricas que en el futuro habrían de engrasarnos la maquinaria cerebral. Unas matemáticas forzadas y ganadas con esfuerzo, gracias a cuyos cómputos nuestras neuronas contarían con determinadas y no azarosas conexiones, muy prácticas para la vida ordinaria. Aquella tarde, al regresar a casa, después de las plomizas clases del día, y sintiéndome todavía convulsa por el rapapolvo de la señora Dockings, mi madre me ofreció una taza de té con pastas, pero sin hacer mención ni la más mínima a lo que pudo suceder en el colegio durante el día. Ella sabía que yo sabía que ella había averiguado que yo había hecho novillos, y que ella se había chivado a la directora del colegio para que me diese un buen escarmiento; pero nadie dijo nada. El arte del disimulo es algo propio de nuestro país,

de nuestra fría y correcta sociedad, tan falsa e hipócrita a ojos de meridionales, pero muy útil para quienes, desde los primeros balbuceos, estamos adiestrados a encubrir con maña las intenciones. Al principio Charlotte y servidora cumplíamos nuestra pena con humildad, mecánicamente, como grises burócratas del Ministerio de Transportes que cubren sus diarios expedientes y los archivan para mejor ocasión, sin que hubiésemos recibido una orden o ligera indicación, sin aguardar recompensa o salario, ni siquiera el ligero estímulo de un agradecimiento u otra señal de cortesía. Simplemente cumplimentábamos lo estipulado en los enunciados de los problemas que la señora Dockings gustaba en ofrecernos, y punto. Pero poco a poco empezamos a tomarle el pulso, e incluso el gusto, a las abstrusas complejidades elegidas por la directora del colegio como justa penalización. Nuestro joven cerebro había comenzado a desarrollar nuevas conexiones entre sus neuronas, abriendo inesperados caminos que conducían a las ignotas puertas de la percepción. Y así terminó enero, pasó febrero y la mitad del mes siguiente sin más tropiezos, pero tampoco sin diversiones memorables en nuestra insulsa vida de colegialas. A mediados de marzo, poco después de que los Beatles saliesen en los programas de radio de la BBC *Here We Go* y *Saturday Club*, en una mañana en la que no podía sacarme de la cabeza las melodías de *Misery* y *Love me do*, y las repetía mentalmente y sin parar —pues mi cerebro parecía estar más abierto a la alegría despreocupada de la música pop que al encorsetado correctivo de las matemáticas—, descubrí que la señora Dockings podía demostrar algo más que severidad y rigor. Era la época en la que se estaba destapando el llamado escándalo Profumo, que habría de provocar tormentas políticas y torrentes de tinta turbia, pues desvelaba los líos de alcoba del Secretario de Estado para la Guerra, el ilustre señor Jack Profumo, con la descomulgada señorita Christine Keeler. El escándalo y su difusión popular en medios de comunicación —y charlas de taberna, en oficinas, mercados y autobuses urbanos— potenciaba el conspicuo y agazapado puritanismo inglés, una corriente conservadora y retrógrada

que amenazaba con atosigar a toda la población del reino, culpable por igual de los depravados manejos de las altas esferas. Por lo que pude escuchar a mi padre en aquellos días, el problema no parecía residir en el adulterio del señor Profumo, un asunto personal que poco o nada podía afectar al Gobierno de Su Majestad. Ni siquiera en que se hubiesen destapado las orgías de lujo celebradas en el seno de la alta sociedad; el *quid* de la cuestión residía en que la señorita Keeler también se entendía con Yevgeny Ivanov, agregado naval soviético, que en realidad era un espía enemigo que había obtenido información preciosa por el peculiar método de la promiscuidad compartida. La inocente pero ignorante y peligrosa Christine Keeler había informado al espía Ivanov, no se sabía si por mediación de un buen fajo de libras, o porque las acrobacias eróticas del ruso lo merecían, sobre ciertas armas atómicas de cuya existencia le había oído hablar al deslenguado ministro Profumo, quizá en un momento de trance o exaltación carnal de su señoría.

Durante el tiempo en el que nuestras compañeras paseaban en el patio y compartían a hurtadillas cigarrillos, revistas de cotilleo y chistes procaces, yo seguía pasando aquella media hora diaria en compañía de Charlotte y del dragón Dockings, repasando ejercicios y bostezos. Mi pupitre estaba más cerca de la ventana que el de mi amiga, sentada con las rodillas juntas a varias mesas de distancia, para evitar cuchicheos y miradas. Como aquella mañana me sentía tan despierta y ligera, con las neuronas bien engrasadas y conectadas entre sí, en buena medida gracias a la electricidad melódica de los cuatro de Liverpool, terminé mi tarea antes que Charlotte. Pero evité todo asomo de triunfalismo, pues no competíamos entre nosotras, pobres compañeras de infortunio. Ninguna ganaría nada, salvo un nuevo problema para resolver, si manifestábamos alguna señal de haber concluido el ejercicio diario que nuestra torturadora nos imponía como norma. Miré a Charlotte con discreción, pero no levantó cabeza, totalmente absorta en los entresijos numéricos garabateados en su libreta escolar, abismada

en algún recóndito giro aritmético que le faltaba por completar. Mi compañera de mazmorra dejaba al aire con impudicia la punta de su lengua, dura y brillante entre sus dos gruesos labios rojos, mientras jugueteaba con un mechón de pelo entre los dedos de su mano izquierda, y mantenía la derecha firme sobre el papel, empuñando su bolígrafo dorado que escribía con finos hilos de tinta azul, envidia de media clase y de alguna profesora. La señora Dockings no perdía detalle, paladeaba la estampa de aquella alumna aplicada cuya pubertad anunciaba una feminidad explosiva. Se levantó con estudiada flexibilidad de su mesa presidencial y se deslizó hacia mi amiga, silenciosa y cauta, como serpiente en busca de pajarillo despistado. En un instante se situó a un costado de su víctima, inclinada hacia la tarea inconclusa de Charlotte. De pronto vi que la bruja ¡había puesto una mano en el cuello de mi amiga! Pero no para buscar una oreja de la que tironear, señalando con un medido ataque de cólera su justo descontento ante la falta de aplicación de la alumna. La larga y pálida mano de la mujer estaba posada con delicado mimo, y a continuación su dueña aproximó sus ajados labios a la mejilla de mi compañera para hablarle quedo, interesada en sus discretos avances en la resolución del enigma matemático. La señora Dockings señalaba en la libreta algún escollo con el largo índice de su mano derecha, mientras los dedos de su izquierda comenzaban a acariciar despacio el cuello de Charlotte, se perdían entre su reluciente cabello, denso y gustoso como abrigo de visón, para después seguir frotándole como con descuido, pero con delicada constancia, el largo pescuezo de la descarriada pupila. Seguidamente, improvisó una carantoña en la cabeza de la chica, deslizando varias veces la mano por cabello y mejilla; una familiaridad tan desacostumbrada que logró que me ruborizase. Menos mal que todo sucedió sin que ellas se diesen cuenta de que servidora no había perdido detalle. Pegué la mirada en mis papeles, empuñé el lápiz y apoyé la barbilla sobre mi mano izquierda, simulando estar absorta, o por lo menos entretenida, en la resolución del asunto aritmético que tenía entre manos. Durante largos minutos esperé

que la señora Dockings viniese hacia mí para prodigarme las mismas caricias, pero fue en vano. Por los suaves sonidos que me llegaban supongo que todavía estuvo un buen rato consolando a mi amiga. La imaginación se me había disparado: ¿será que a la vieja bruja le gusta Charlotte? En el colegio corrían rumores sobre las extraviadas tendencias de la directora, así que no me asombró que mi pensamiento, a esas horas, libre de las melodías de los fabulosos de Liverpool, se dirigiese por tales derroteros. Pero la verdad es que deseaba que viniese y me mimase a mí también. De pronto me puse a fantasear que me regañaba, para perdonarme poco después, me sonreía con benevolencia, me abrazaba y terminaba por besar-me. ¿Me estaba volviendo loca? ¿Qué clase de extraña puerta de la percepción se había abierto en mi cerebro? «Vamos a ver, Lilianne Elizabeth Lindon, ¿estás pensando en serio que quieres que esa vieja loca te acaricie y te bese? ¡Debes de estar mal de la cabeza!», me repetía a mí misma, doblada sobre la superficie de mi pupitre, mirando sin ver la página cubierta de operaciones matemáticas.

Todo eso sucedió, como digo, a mediados de marzo de 1963, cuando todo el mundo comenzaba a comentar con risillas el caso Profumo e intentaba olvidar el ataque a nuestro orgullo infligido por el general De Gaulle. Al día siguiente, ajenas a las noticias aparecidas en el semanario *Westminster confidential*, relativas a las peligrosas e ilícitas relaciones entre el Secretario de Estado para la guerra y la señorita Christine Keeler, Charlotte y yo hicimos una prueba de aritmética, pero suspendimos. No sé cómo se sentiría mi amiga, no hablamos de lo que había sucedido en el aula con la bruja Dockings, ni la más mínima mención, pero a mí no se me escapaba de la cabeza. Y al enfrentarme a los problemas que la señorita McNeill había escrito en la pizarra, la mente se me puso más en blanco de lo que pensaba. Por lo menos el día anterior había estudiado. Me esforcé para poder pasar la prueba, me estrujé el cerebro recién inaugurado de inéditas conexiones neuronales, pero todo fue inútil. Lo único en lo que pensaba era en la escena privada

que tuvo lugar entre Charlotte y la directora. Incluso en casa no pude evitar esa alteración. Mi madre me miraba de soslayo, con una mínima sonrisa en los labios y su taza de té en las manos, pero rechazó la tentación de un comentario insidioso o una pregunta incómoda. Bastante entretenida estaba con las habladurías del triángulo amoroso establecido entre Profumo, la señorita Keeler y ese espía ruso de la Embajada, el tal Ivanov. De noche en cama deslicé un dedo entre los muslos, evocando todo cuánto tuvo lugar en la cámara de torturas de la señora Dockings, y debo reconocer que la descarga de placer fue de tal naturaleza, que emití un gemido tan animal que mi gato Lewis dio un brinco y saltó de los pies de mi cama para perderse en la noche.

*

Durante días quise que la escena de las caricias se repitiese, pero a ser posible conmigo de estrella invitada. No le dije nada a Charlotte, pero no paraba de soñar despierta. Deseaba que la señora Dockings me riñese y después me acariciase el cuello, perdonando alguna falta cometida, y que después me atrajese hacia ella para sentir su denso perfume a flores muertas, y me castigase con el desagrado de su aliento antes del beso húmedo en la mejilla, muy próximo a la comisura de mis labios. No entendía nada de lo que me estaba pasando, quizá algún desarreglo en el desarrollo de mi sexualidad, un desvarío hormonal, una locura transitoria, un camino errado abierto en el magma neuronal, por obra y arte de las traidoras matemáticas. Pero aún con todo, en mi fuero interno de adolescente tardía, seguía deseando secretamente estar en brazos de la cruel inquisidora, sentirme aterrorizada por sus amenazas, miradas asesinas y agrios reproches, para después ser consolada con dulzura, antes de que me abrazase tiernamente, besando de inmediato mis mejillas húmedas y calientes. Sentía tanta vergüenza que no le dije nada a mi amiga, no me sinceré ni le pregunté nada; tal vez a ella le pasaba lo mismo. No lo sé, pero cada noche,

durante al menos dos semanas, en el secreto de mi alcoba se repetía la misma secuencia: alejaba con malos modos a mi gato, que despavorido buscaba refugio en el cuarto de mi hermana, cerraba la puerta con cerrojo, apagaba las luces excepto la pequeña lámpara de mi mesilla de noche, y comenzaba a pensar en la señora Dockings, en la ferocidad de sus ojos amarillos, en la furia contenida en sus labios crispados, que al poco tiempo dejaba paso al consuelo de un acariciador discurso acompañado de abrazos y discretos besos; mientras, tendida boca arriba sobre la cama, me entregaba a un placer tan intenso como no había conocido hasta entonces. Pasé unas semanas intranquila, en las que me volví huraña, tanto en casa como en el colegio, y buscaba la soledad alejada de los cotilleos reinantes. No hablaba ni con mi hermana mayor, que normalmente apenas me hacía caso, pues solo estaba en el mundo para sus vestidos, sus peinados, su novio y sus estúpidas amigas de Mayfair y South Kensington. A mi padre tampoco le dirigía la palabra, aunque en casa apenas se notaba su existencia, pues casi siempre estaba ocupado con sus asuntos de la City, sus partidas de cartas, sus carreras de caballos o sus juegos de polo. También huía de la compañía de mi madre, habitualmente ausente, con la cabeza en sus tonterías habituales, habladurías y preocupaciones propias de la alta burguesía londinense: observar la diligencia del servicio, comprar lencería y ropa de casa, probar vestidos para ella y mi hermana, tomar el aperitivo en su club de cotorras de Chelsea..., y ahora preocuparse mucho del caso Profumo, la gran novedad que atronaba las conciencias de la buena sociedad británica, y que además podía derivar en un asunto de alta traición y espionaje militar de altos vuelos. Debido a tan variados y relevantes asuntos nadie me hacía caso; ninguno de los tres miembros de mi familia se fijaba en mi silencio, en el ensimismamiento lúbrico en el que me enfangaba a pesar de mis dieciséis años. Había dejado de ver a Charlotte, ya no viajábamos a Reading para estar con los patanes que nos metían mano sin erudición ni entrenamiento; tampoco me interesaban los besos de aquel Paul Browning que me intro-

ducía hasta el estómago su lengua apesosa a cerveza barata y tabaco negro. Aquellas diversiones burdas dejaron de interesarme, mi cerebro recién despierto y ávido de nuevas experiencias debía tener la culpa; y además Charlotte también parecía ensimismada y alejada de mí; dejó de mencionar nuestras excursiones y aventuras, y no las eché en falta; al contrario, agradecí secretamente los cambios. Así que mientras yo seguía con la mente turbia y mis largos dedos prestos, pensé que Charlotte se entregaba al estudio para obtener buenas notas. Cuando nos veíamos los comentarios eran tediosos y del menor interés. «¿Cómo vas con la trigonometría, has hecho los deberes?», «¿tienes un cigarrillo?», «si quieres te presto unos días el *Long play* de los Beatles», «aquellos memos nos mira y babea, ¡serán guarros!», «la idiota de Mary Campbell ha vuelto a insultarme, la próxima vez le daré un puñetazo en la nariz», «mi madre tiene la gripe aunque ya estamos en primavera, tengo que quedarme en casa cuidándola», «yo también tengo que irme a casa, a ver si resuelvo estos estúpidos problemas de aritmética», «¿sigues viéndote a escondidas con el hijo del jardinero?»

*

A medida que transcurría el mes de mayo mi amiga Charlotte y yo nos distanciábamos fría y conscientemente, como un iceberg que abandona su continente helado y se adentra en el océano a la deriva, al albur de los vientos y desplazamientos, para finalmente perderse y fundirse en la densidad reconfortante de una corriente cálida. Un fin de semana de mediados de mes mi padre decidió que el buen tiempo animaba a pasar un par de días en Newhaven.

—Muy bien, John, vayamos a Brighton con las niñas —exclamó mi madre tan ufana como siempre.

Al llegar a la casa de verano, cerrada desde la temporada anterior, los criados retiraron las sábanas que cubrían los muebles, airearon las habitaciones y la cocinera se dispuso a preparar el rosbif, mientras mi padre se recostaba en su sillón favorito, con *The*

Times o *The Economist* además de su pipa bien cargada, y mi madre reclamaba los servicios del chófer para que la llevase de compras, en compañía de mi etérea hermana, a unos grandes almacenes de Brighton. Cuando el sosiego reinó en la casa comencé a vagar sin rumbo ni apetencias por pasillos, cuartos y salones. Las piernas me llevaron escaleras arriba, hasta el desván, donde descubrí todo un universo poblado de nuevas posibilidades, desconocido hasta el momento, o por lo menos minusvalorado o relegado. Solo necesitaba un escenario adecuado para evocar todo un mundo de sensaciones y placeres, que esa parte de mi sensibilidad, recién despierta, estaba alumbrando. Comencé a ver con nuevos ojos aquel amplio templo del conocimiento atestado de trastos y apenas iluminado por dos pequeñas ventanas cuadradas, abiertas a ambos lados de la cubierta a dos aguas. Por todas partes había viejos muebles que parecían de principios de siglo o incluso del anterior: armarios, mesas, sillas, un sillón desvencijado, trastos y más trastos, aparatos de radio, un casco militar algo abollado y una vieja bola del mundo donde se dibujaban países e imperios desaparecidos. También había camas desmontadas, un arcón de gran tamaño, una escalera de mano, un ropero de buena madera con espejos en las puertas y un sofá que identifiqué como posible nido de ratones y cucarachas. Pese al revoltijo y las telarañas, pude discernir un teatro completo para evocar mis nuevas fantasías, algo sucio y caótico, pero perfecto para pasar un rato agradable en compañía de mis fantasmas y mis extraviadas pulsiones.

*

Tras devorar el rosbif con patatas, mi madre y mi hermana decidieron regresar a la algarabía de Brighton; se les habrían quedado compras pendientes o amistades por saludar, mientras mi padre se daba el homenaje de una prolongada siesta de sábado, una fiesta particular que por lo general duraba un par de horas como mínimo. La cocinera seguía trajinando con sus cacharros y la pareja de

criados, una gorda estúpida que siempre tenía algo que decirme y un larguirucho narigudo que no paraba de mirarme con expresión de deseo, se empleaban en la limpieza de suelos, ventanas, muebles, objetos, lámparas y supongo que también cortinas, por no hablar de los baños, en los que habrían de esmerarse durante dos largas horas, lo que duraba mi padre en dormir la siesta. Con este panorama de ideal libertad, susurré que me retiraba a estudiar aritmética, aunque creo que nadie prestó atención a mis razones. Mejor para mí. Subí a hurtadillas al desván y me dispuse a dar rienda suelta a mi nueva e irrefrenable pasión, deslizándome por un tobogán de sensualidad que se había despertado tras la apertura de mis lúbricas puertas de la percepción. Al llegar arriba cerré la puerta y la atranqué con un grueso madero interpuesto entre ella y un pesado armario de caoba, en el que comencé a rebuscar sin saber a ciencia cierta qué podría encontrar. Por supuesto estaba repleto de ropa vieja, deslustrada y ligeramente espectral, naufragios de otra época, pero a mi juicio en perfecto estado de revista. Los vestidos parecían de mucho antes de la guerra, tal vez de los años veinte, los tiempos en los que mi abuela era una jovencita que correteaba por Fulham. Mi mano se paseó por las perchas cargadas hasta dar con lo que me pareció un anticuado uniforme escolar femenino. Pensé que habría pertenecido a mi abuela a comienzos de aquella década alocada y mitificada por las generaciones de entre guerras. Era básicamente blanco y negro, muy sencillo, con unos estúpidos adornos que le daban un aire de disfraz de marinerito. La falda amplia y con vuelo, negra, una blusa blanca con un lazo en el cuello, unas enaguas blancas, unos botines de tacón bajo, de cuero negro por supuesto, y una chaquetilla también oscura, con adornos blancos y botones dorados adornados con un ancla. Me desvestí hasta quedarme en ropa interior, me puse la blusa y la enagua, la falta y la chaquetilla; después me abotoné y me calcé los botines —me costó trabajo atar tantos cordones—. Me peiné con las odiadas dos coletas, que ahora, en mi nuevo papel de colegiala

antigua, adquirirían un nuevo valor icónico, y las adorné con grandes lazos blancos que encontré en un bolsillo de la chaquetilla. De esta guisa ataviada me dirigí a una mesa que imaginé pupitre, la limpié con una blusa del armario y me senté en una de las sillas de madera maciza, imaginando que rondaba por el desván la señora Dockings con su libro de matemáticas en la mano. Nada más pensar eso sentí una humedad en la entrepierna y un cosquilleo de excitación. Para dar más verosimilitud a la escena busqué un cuaderno o un libro. Encontré ambas cosas en el interior de un cajón de una de las mesas, y armada con una estilográfica con la tinta seca desde hacía décadas regresé al pupitre. Abrí el libro y el cuaderno. Estaba de suerte: ¡un viejo volumen de aritmética y geometría!, mi asignatura favorita, la que siempre suspendía por cabeza hueca, a pesar de las nuevas destrezas aprendidas en los meses de ejercicios extra. Al cabo de unos minutos en los que estuve simulando estudiar las reconocibles lecciones, en versión anticuada, escuché en el interior de mi cerebro una voz de mando que me ordenaba acudir a la pizarra.

—Sí, señora Dockings, ahora mismo voy —dije en un susurro.

Me encaminé hacia el lugar ordenado por la profesora —en realidad un ropero envuelto en penumbra— y tomé una imaginaria tiza. En clase había unas diez o doce compañeras más; algunas sonreían pensando que se divertirían en breve con el espectáculo de una buena reprimenda. A otras las imaginé intranquilas, pues bajo sus pupitres movían los pies nerviosamente, calzados con los mismos botines de cordones que los míos, todas vestidas con el mismo uniforme con adornos de marinerito de otra época. La descarnada figura de la señora Dockings caminó despacio desde el fondo, fantasmal, emergiendo muy marcial de la penumbra que cubría el extremo contrario del desván; iba vestida con un largo vestido negro que le llegaba a los pies, muy ceñido en el talle por efecto de un corsé o algo así; su habitual moño parecía más alto y amenazante, y en su mano derecha portaba una regla de madera con la que se daba golpecitos en la mano izquierda.